



UN DIA POR DEMÁS TRISTE QUE PARECIA DE FIESTA.

ROMANCE.

Hoy viste mi acorde lira
de crespon y negros lazos,
y al compás de mis suspiros
la voz trémula levanto;
que en esta trova sentida
voy á cantar angustiado
que existen pechos mas duros,
mas duros que el mismo mármol;
pechos de séres que gozan
en el ageno quebranto,
que de la angustia se rien
y mofan del desamparo:
séres que en son de verbena
llegan al pié de un cadalso,
que se estrujan en su torno,
que le conteplan ufanos,
se impacientan si se tarda
el ejemplar espectáculo,
y en una fiesta convierten
el suplicio de un hermano.
Así el tigre en el desierto
por otros tigres rodeado,
del perdido caminante
olfatea ansioso el rastro;
lo sigue con pertinacia
sobre el arenal saltando,
divisa al fin á la víctima

y se para y se hace un arco,
y vuelve á avanzar sañado,
y al mirarle anonadado
con lágrimas en los ojos
su compasion demandando,
se alarga, casi se tiende
y se acerca paso á paso,
y sobre el vientre se arrastra
hasta casi ya tocarlo;
y si otro tigre se encuentra
del viajero mas cercano
y le arrolla entre sus uñas
herido y ensangrentado,
entonces mira anhelante
los enrojecidos charcos
y los liba, en el banquete
que se le espera gozando.
De este modo los que fieros
como el tigre sanguinario
en la agonía se gozan
de un mísero ajusticiado,
de este modo se aproximan,
de este modo van llegando
cruelles y palpitantes
hasta el tétrico tablado...
Y... pero no adelantemos,
escuchad el fiel relato



que en esta mi triste trova,
que con suspiros empapo,
hago al compás de mi lira
que vibra en son apagado,
orlada de crespon fúnebre,
ceñida de negros lazos.

* *

Erase un día apacible
del alegre mes de Mayo,
en que entre bosques de flores
cruza el céfiro galano.
Vestida de rosa y nieve
la aurora se ha despertado,
y entre cortinas azules
vá juguetona avanzando;
ya indiscreta de su traje
desciñe los velos cándidos
de las leves nubecillas
que cual gasas van flotando
de las auras juguetonas
entre el beso perfumado;
ya entre las brisas armónicas
su rica falda rizando
deja ver del sol radiante
las hebras del primer rayo;
ya por fin cual vírgen púdica
que se despierta soñando
al objeto de sus ansias,
con el rostro bello y pálido,
y á la luz que ardiente hiere
sus ojos semicerrados,
interpone el rico velo
de algun cortinon bordado;
de tal guisa entre una franja
que la luz vá disipando
se pierde en el horizonte
radiante, azul y diáfano.
Risueño amaneció el día
y Madrid fué despertando
al arrullo de sus fuentes
y las brisas de sus prados.
Risueño amaneció el día,
alegre fué adelantando
y mil sonos bulliciosos
vibraban por los espacios.
Simones á la carrera
en gran tropel se escucharon
transitar por ciertas calles
con rumor continuado;

y á la par con grande prisa
muchos ginetes pasaron
con las punzantes espuelas
sus corceles aguijando;
y ómnibus también se vían
desapareciendo rápidos
entre las nubes de polvo
que en su torno levantaron.
Por cada acera estrujándose
iban grupos desfilando,
que en las nuevas avenidas
notablemente engrosados,
cual arroyo que la lluvia
hace saltar desbordado,
de las calles por el centro
se fueron diseminando
hasta marchar confundidos,
gente, coches y caballos.

* *

Yo al escuchar tal estruendo,
de tal bullicio admirado,
me mezclé con el concurso
la esperanza cobijando
de que tanta gritería,
tanta bulla y gozo tanto,
eran el dulce preludio
jugueton, vivo, espontáneo
de entusiasta romería,
de festejo inusitado,
que al pueblo regocijaba
siempre de alegrías ávido.
Seguimos todos de prisa,
calles y plazas cruzamos,
y cada instante creciendo
de la gente el entusiasmo,
como aquel que en altas rocas
un abismo contemplando
precipita su carrera
del vértigo dominado,
y corre y corre frenético
hácia el peligroso tajo,
y por él se precipita
un ronco grito lanzando;
de este modo por la gente,
como quien dice arrastrado
en su ruidosa algazara
fuí activa parte tomando,
y como todos seguía
corriendo desatinado

con la alegría en el alma,
con la sonrisa en el lábio.
Ya pensaba que sería
un militar simulacro
lo que á miles de curiosos
atraía entusiasmados;
ora tal vez al patriótico
y solemne aniversario
de alguna de nuestras glorias
inolvidables de antaño;
y... salimos de la villa,
y... á una pradera llegamos....
y... se heló mi sangre toda....
y en torno miré angustiado,
y no viendo ni á uno triste
dije aturdido: ¡insensatos!

* * *
Sí, que mi mirada ¡cielos!
en el centro de aquel prado
vió sobre un mar de cabezas
que en su torno se agruparon,
vió destacarse terrible
un afrentoso cadalso.
Me detuve estremecido
de fuerzas y valor falto,
quise volverme á la villa,
deshacer quise lo andado,
mas cerca de mí, muy cerca,
contemplé triste avanzando
una corta comitiva
á que abrian todos paso.
Cóncavo se oía el golpe
de un tambor que destemplado
su sonido melancólico
lanzaba por el espacio.
De la paz y caridad
en pos iban los hermanos
conduciendo un crucifijo,
que con los abiertos brazos
y el semblante cadavérico,
la agonía retratando,
imágen del dolor era
que sobrecogía el ánimo:
luego en pos seguía el reo
tembloroso y consternado,
de la reina de los ángeles
con una estampa en la mano,
que besaba enternecido,
que invocaba sin descanso.

Junto al reo un sacerdote
en su oído murmurando
plegarias que él repetía
con acento entrecortado.
Y precediéndoles marcha
un hombre de rostro uraño,
de mirada torva y fría
que al suelo inclina afrentado.
Es el mísero verdugo
taciturno y cabizbajo,
lúgubre sér que con miedo
y con vergüenza miramos.
Es el verdugo, ¡infelice!
es el verdugo menguado,
el que infama al darles vida
á sus hijos desdichados.
Es un hombre que nos causa
cuando se aproxima pismo,
y de que todos se alejan
cual si fuera un apestado.
¡Infelice! estremecido
ante el honroso trabajo,
tomó un oficio que afrenta,
y vive... ¡vive matando!
¡Abridle todos camino,
y por su angustia encorvado
pase cual la negra nube
que desdichas vá sembrando!

Resonaba el tambor hueco,
y á su sonido apagado
se une el de una campanilla
que oraciones vá implorando.
Pero ¡ay! que en torno mio
los ojos volví angustiado,
y ví semblantes alegres
ó curiosos... ¡insensatos!
Ví la gente codeándose,
y muchos coches parados,
y ginetes impasibles
sobre sus briosos caballos.
Y ví al reo que aturdido
con su mirar apagado
parecía se quejaba
de aquel bullicio satánico.
Sí, que las voces seguían,
y hasta risas se escucharon,
y disputas se mezclaban
de muchos que arrebatados



de curiosidad punible
 quizás hallaban escaso
 el punto que aquella angustia
 de un prógimo saborearon.
 Luego en pos sobre el patíbulo
 el reo pareció, y cuando...
 de la ley inexorable
 se cumplía el justo fallo...
 ¡entonces ví algunos ojos
 que en lágrimas se mojaron!

 ¡Oh pueblo! yo te doy gracias
 por esas gotas de llanto,
 que me prueba que no todos
 teniais pecho de mármol.
 Mas al compas de su lira
 un poeta atribulado

á quien ese día hicieras
 el corazon mil pedazos,
 un poeta os lo repite
 en este sentido canto:
 no mas fiero se mostrara
 ¡ay! el tigre sanguinario
 que esas turbas que risueñas
 llegan al pié de un cadalso
 llevadas de sus instintos
 fieros y desapiadados.
 Y todos, todos, sabedlo,
 es muy cruel, no es cristiano,
 no es de pechos generosos,
 no es de valientes ni honrados,
 convertir en una fiesta
 el suplicio de un hermano.

CÁNDIDO.

